

INFLUENCIA DE LA MÚSICA

EN LA

EDUCACIÓN

UNA de las disposiciones que atestiguan el noble origen de la naturaleza humana es el sentimiento de lo bello, y su desarrollo es casi una prenda segura de bondad, probidad y virtud. Entre las artes que más modifican las pasiones humanas y ennoblecen el espíritu se encuentra la música, arte divino, del cual se puede sacar un gran partido para la enseñanza de los niños en las escuelas, sobre todo, para desarrollar el sentimiento de lo bello. En los tiempos antiguos, la música era muy apreciada, no sólo como un arte grato, sino como necesario al hombre, y todos los pueblos le atribuían una influencia bastante poderosa para inspirar la alegría o la tristeza, y aun la de curar ciertas enfermedades, como hoy también se cree.

Los sabios de todos los países han meditado largamente acerca de la influencia psíquica del sonido compasado, y por sus deducciones más o menos precisas y lógicas, han marcado una etapa gloriosa en la ciencia de enseñar.

Las sensaciones que produce alejan al hombre de los afectos bajos, y le transportan a más serenas regiones.

La música obra más directamente sobre el alma que todas las demás artes: más que la pintura, la escultura y hasta la misma poesía. Penetrado por el encanto que origina la ejecución de una obra musical, el espíritu da tregua a sus preocupaciones y a sus cálculos, calma su actividad y descansa en una especie de arrobamiento. No es posible negar eficacia educadora a la música.

Ningún arte tan llamado a penetrar en lo más íntimo de nuestra alma, ni producir la más viva emoción.

Hasta en la ciencia de curar, como hemos dicho, tiene la música también una importancia grandísima, y si no, que os cuenten algunos neurólogos avezados al roce de la locura el rango que la música ocupa en el tratamiento de esos accesos que alteran las más poderosas inteligencias.

Si alguna vez habláis con algún alienista y queréis preguntarle sobre esto, oiréis de sus labios mil conmovedoras escenas de infelices vueltos a la razón mediante el adecuado y persistente empleo de este agente terapéutico, considerado como el lenitivo de las penas, como el calmante de los apetitos desenfrenados, como el elixir que destierra del espíritu las negras y melancólicas ideas, los tenebrosos pensamientos.

La música nos hace correr a la muerte en medio del mayor entusiasmo, y al oír sus puros y delicados sonidos, parece que vamos a apoderarnos del secreto de la Creación y penetrar el secreto de la vida.

No hay palabras que puedan expresar la impresión que causa, porque las palabras se arrastran tras las impresiones como las traducciones en prosa siguen las huellas de las poesías.

De tal manera influye la música en nuestra alma, que es muy raro encontrar un criminal que sepa música; casi todos los que poseen este divino arte son sencillos y virtuosos, desconocen el engaño y la falsía, y su alma parece que vive en otras regiones más sublimes que las de este mundo.

Citaremos lo que dice Rendu en su curso de Pedagogía al hablar de la música:

«Hemos oído los cantos de los mozos en Suiza cuando se entregaban al descanso, hemos sido testigos de su alegría y entusiasmo cuando celebraban con sus melodías las bellas escenas de la Naturaleza. Los hemos oído repetir el himno de los segadores al salir con el día a recoger los granos, los hemos visto reunirse por las tardes a entonar un cántico de alabanza y de gratitud por la bondad divina o un canto nacional, en vez de entregarse a las conversaciones frívolas o a vicios que ordinariamente hacen estas reuniones tan funestas.

»Hemos visto, en fin, venir los jóvenes desde alguna distancia a reunirse en un punto señalado después de haber asistido al oficio divino, y en lugar de perder el resto del día en los excesos de la embriaguez, terminarlo cantando himnos patrióticos o religiosos.»

El canto en las escuelas de primera enseñanza no se puede dudar que contribuye muchísimo a desterrar esas canciones groseras y hasta obscenas, sustituyéndolas con himnos patrióticos, cánticos al trabajo o a la vida campestre, inspirando así sensiblemente el sentimiento de la armonía, educando de esta manera el oído para que también en la lectura guardemos la entonación y modulación debida, que no se adquiere sino educando la voz por medio de la música.

Todos los que conocen la enseñanza saben muy bien los beneficios que reporta al individuo, más que nada morales, y el ejemplo que vale más que todos los razonamientos para probar este aserto es lo que pasa en el país que acabamos de citar. El que permanece indiferente a los encantos de la música es, sin disputa, un sér incompleto. «Los malvados no cantan», ha dicho un sabio, y si hay una persona que se muestre insensible a la «Novena sinfonía» de Behetoven, *Tanhäusser*, de Wagner, o el *Fausto*, de Gounod, es un sér bien digno de lástima.

Si nos remontamos a la Historia, ésta y antes que ella la leyenda, están llenas de curiosísimos ejemplos sobre la música y sus efectos. Los mitos de Orfeo y Anfión, los hechos de Terperandroo de Tirteo, demuestran ya su influencia en aquellas épocas. Los egipcios fueron sin disputa de los primeros pueblos que cultivaron la música.

El mismo Estrabón dice que a los niños no sólo se les instruía en las ciencias, sino que también les enseñaban ciertos cánticos determinados por las leyes. El entusiasmo que sentían los griegos por la música llegaba a atribuirle efectos maravillosos, con la música excitaban las pasiones o las reprimían, suavizaban las costumbres y hacían sociables a los pueblos salvajes. Por no haberla cultivado los cinetas, pueblo que habitaba la parte más áspera y montuosa de la Arcadia, se hicieron tan feroces, que no hubo ciudad en la Grecia donde se cometieran más delitos. Por eso los más célebres filósofos que escribieron tratados de política, como Platón y Aristóteles, encargaron mucho que se hiciera aprender la música a los jóvenes.

Plutarco nos dice que los habitantes de Arjún tenían establecido una pena contra los que faltaran al decoro debido a la música.

Licurgo aprobó el estudio de la música y creyó que era utilísima para mantener las buenas costumbres. Este legislador mandó que todos los niños desde la edad de cinco años aprendieran música.

Aristófanes también prueba que los niños recibían antiguamente esta enseñanza.

Platón la creía indispensable y hasta recomendaba a las nodrizas el canto. Y Aristóteles decía que la música no es sólo arte recreativa, sino que da rectitud a nuestros juicios, y nos guía a las acciones honestas; por esto quería que los niños se ejercitaran en el canto.

Los cretenses, pueblo esencialmente guerrero, sometían a los niños de condición libre a estudiar las leyes con una especie de melodía para que con el canto lo retuviesen mejor en la memoria.

Y entre los jónicos, la música logró gran importancia; apenas lo consentía la edad del niño, se le ponía la lira en la mano y se hacía de la música un compañero inseparable, que había de servirle lo mismo para los actos serios que para sus placeres, en la escuela, en el gimnasio y lo mismo en el templo que en el teatro.

De aquí la importancia que tenía en la educación del ciudadano ateniense el tocar la lira, lo cual se estimaba ser de la más alta distinción.

Quintiliano, primer pedagogo español, ya la recomendaba como medio para la educación, y también dice que en los tiempos antiguos la música mereció tal aprecio y veneración, que los músicos, sabios y poetas se tenían por una misma cosa. Y si es los hebreos, todos saben que adoptaron el canto para las ceremonias del culto.

De suerte que ya vemos que la música es un poderoso auxiliar para la educación, y así lo han entendido casi todos los que han legislado sobre esta materia, la cual forma hoy parte de los programas educativos en todas las naciones civilizadas.

En Alemania, Mainsser ha descrito de un modo patético sus efectos entre la juventud.

Todos los niños que frecuentan las escuelas aprenden a cantar, sin excepciones de alguna especie.

Por lo tanto, hay en Alemania tantos cantores infantiles como niños.

Al lado de su abecedario llevan constantemente su método de canto, sus ejercicios y su colección de canciones a una o dos voces.

Después de haber entrado en clase, se levantan a una señal del profesor, abren su álbum y buscan la canción titulada «Antes de la apertura de la clase». Esta canción les recuerda sus deberes para con todos. Preparados así, tanto por la belleza de los versos, como por la verdad de los preceptos que encierran, y por el encanto de una melodía sensible y expresiva cantada por cuarenta, cincuenta o cien voces distintas,

considerad el entusiasmo que este espectáculo produce en sus corazones.

Aquella multitud de voces, aquella atención que dedican a pronunciar todos a la vez las mismas palabras, a cantar la misma melodía, a ocuparse del mismo pensamiento, todo, en fin, tiene un encanto irresistible, y obra sobre la imaginación hasta tal punto, que es frecuente ver brotar lágrimas de ternura tanto de los ojos de los niños como de los del maestro.

Sin pretender que de las escuelas salgan los niños hechos unos artistas, puede alcanzar este sentimiento un grado conveniente, y si bien el maestro entendido tiene medios para llamar la atención de los niños sobre el espectáculo de la Naturaleza contemplando las sorprendentes curiosidades que encierra por todas partes, haciendo notar la sabiduría y la grandeza que brillan por doquier en el mundo que habitamos, haciendo llegar a los niños por lo agradable a la contemplación de lo bello, nada como la música, porque es el mayor medio que el maestro puede poner en juego para desarrollar el sentimiento en estas tiernas y candorosas almas; pero de un modo fácil y sencillo, con poquísimos accidentes musicales y sin esfuerzos de voz; así lo han reconocido todos los pedagogos.

Los niños son como los pájaros, necesitan cantar, no importa que lo hagan o no técnicamente, lo que conviene es que canten con sencillez y espontaneidad, lo mismo que cuando juegan, que siempre huyen de toda estructura técnica, y así abundarán las ventajas que el canto tiene para el desarrollo del aparato respiratorio.

Aquí en nuestra querida España, en virtud de una Real orden publicada en 28 de Agosto de 1881 se establecía, que entre las asignaturas que habían de cursar los maestros de primera enseñanza en la Escuela Normal Central, hubiese dos cursos de solfeo, y en el plan de Gamazo de 1898, en su reforma de las Normales, se estableció ya como obligatorio para todos los maestros, el conocimiento de la música.

Por lo cual vemos que todos han estado unánimes en proclamar las excelencias de tan divino arte. En donde se ha venido haciendo desde hace bastantes años en este sentido ha sido en las escuelas de párvulos, y que las profesoras de estas escuelas no nos negarán el gran influjo de este arte en sus pequeños discípulos.

Gusta tanto oír aquellos pequeñuelos, que sólo balbucean algunas palabras para entonar sus cánticos, marchando y marcando el ritmo al

mismo tiempo, expresando la alegría en aquellas caras joviales y picarescas, con sus piernecitas al aire y sus cabellos sueltos y rizados, que parece semejan los modelos de que se sirvió Murillo para pintar sus nubes de ángeles.

Un gran poeta ha dicho que los niños son los ángeles de la tierra, y verdaderamente, si se contempla uno de estos cuadros, no hay nada más encantador y pintoresco, ni más lleno de vida.

En todas las naciones cultas vemos que el canto es obligatorio en las escuelas de primera enseñanza, pues han tenido por máxima que un pueblo que canta es alegre en el trabajo y de sanas diversiones. El canto coral es un excelente ejercicio de higiene, una especie de gimnasia vocal que produce sobre el aparato respiratorio un efecto saludable análogo al del ejercicio físico en general sobre el conjunto del organismo.

Se tiene observado que en todas aquellas personas que cantan son menos comunes las enfermedades de la garganta, como constipados o bronquitis, ganando también mucho en la facilidad y claridad de la dicción y de la articulación. Además, es un gran medio para grabar en la memoria de una manera indeleble algunas poesías, que merecen ser recordadas por los sentimientos que encierran o expresan. Ningún arte hay a nuestro ver que engendre una emoción tan honda como la música.

Cuando ésta acaricia nuestros sentimientos, el sistema nervioso entero profundamente conmovido se somete a la atribulación de extraordinarias actividades que influyen en las demás funciones, y si no, observad lo que os pasa cuando oís esas creaciones musicales de los grandes maestros. Y no es sólo en las obras portentosas de estos genios, sino que también conmueve nuestra alma aquellos cantos sencillos y vulgares que se oyen en la calle.

Cuántas veces no habréis sentido honda emoción al oír esas canciones tan frescas y llenas de poesía y de dulzura, no obstante sus pocas notas, que entonan las niñas jugando al corro. ¡Cuántos recuerdos no os habrán evocado esas melodías tristes y quejumbrosas, casi siempre en tono menor, que describen romances caballerescos, amores perdidos, ironías e ingratitudes! O cuando llegan hasta nosotros desde algún patio andaluz en noche caliginosa de verano, los tristes acentos de la guitarra, que acompaña una de esas elegías morunas que se llaman malagueñas o soleares. O bien esos cantos de Asturias que han nacido en las montañas, tan llenos de melancolía y dulzura.

Todos los músicos conocen el fenómeno acústico llamado de las resonancias. Si las cuerdas de dos violines se templan al unísono, y se hace vibrar con el arco una de ellas, la cuerda del otro violín, aunque esté a cierta distancia, vibra también y lo mismo sucede con otros instrumentos, y con los mismos diapasones, basta poner en vibración el uno para que el otro responda. Pues lo mismo sucede en el orden moral con nuestras sensaciones, parece que nuestra alma es un instrumento músico que vibra con toda clase de emociones, y que en nuestro cerebro hay células nerviosas educadas sólo para esta clase de sensaciones.

Por eso creemos, que en la educación del niño la música debe de ocupar uno de los primeros puestos, a fin de que su alma vaya desarrollándose en la sensibilidad, y así como un instrumento músico cuando se toca varios años adquiere un sonido más potente, y vibra con más fuerza e intensidad, lo mismo en el alma del niño se notará esta perfección en su orden moral; la música puede cambiar muchísimo nuestro sér. Y finalmente aunque ésta no tuviese más ventajas que la de romper la monotonía de ciertos estudios, y hacer la escuela más atractiva y más alegre, siempre sería digna de formar parte de la educación,

A. DELGADO CASTILLA.
